

## EL PRÍNCIPE CISNE

A partir de 3º

Su nombre era Botvid, y tenía quince años. Era el hijo pobre de un caballero, sin padres, castillo ni espada. Su noble aspiración de servir al *Más Alto* y proteger al más débil era todo lo que poseía. Pero Botvid no sabía que a veces el *Más Alto* podía ser también el más débil.

La víspera de Navidad, Botvid caminaba por el bosque de abedules. El sol acababa de ponerse. En el oeste, el cielo parecía un mar pálido y rojizo, donde barcos dorados navegaban hacia tierras lejanas. La escarcha que cubría los abedules de blanco y la nieve capturaban el juego de colores del cielo.

Hipnotizado, Botvid se detuvo. No sabía qué era más hermoso, el cielo o la tierra. Entonces escuchó un fuerte sonido sobre él: eran tres cisnes blancos que volaban desde el este. El joven les extendió ambos brazos.

*-¡Llévenme con ustedes! ¡Oh, llévenme con ustedes!", gritó.*

Las aves aterrizaron frente a él. El cisne que iba al frente, más grande y blanco que los demás, bajó la cabeza para que Botvid pudiera mirarle a los ojos. En ellos, el joven leyó un dolor inimaginablemente profundo, y sintió un gran amor por el ave majestuosa.

De su pecho goteaba sangre, y una gota cayó en la mano abierta de Botvid. La gota ardía como fuego, pero en ese mismo instante se transformó en un rubí reluciente. Luego, el cisne se elevó de nuevo y emitió un largo y lamentoso grito. Con el batir de sus alas, continuó su vuelo, seguido por los otros dos cisnes.

El joven los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en el crepúsculo.

Continuó su camino, y ya era de noche cuando llamó a la puerta de un castillo gris y solitario al borde del bosque. Allí vivía un **anciano caballero** solo con sus perros y halcones. El caballero lo recibió con hospitalidad. Le gustó la cortesía del joven y se alegró de no pasar la Nochebuena solo.

*-¿De dónde vienes, muchacho, y cuál es el propósito de tu viaje?", preguntó.*

Botvid le contó que había visto un hermoso cisne y que ahora sentía un gran amor por él. Y le mostró al anciano la brillante gema.

El viejo tomó la piedra y la hizo brillar a la luz del fuego.

*-"Esta es una gota de sangre del **príncipe encantado**", dijo.*

*-"Hace mucho tiempo, cuando tenía tu edad, también lo vi. Cada año, en Nochebuena, viene aquí con la esperanza de que alguna vez brille la luz y sea liberado del hechizo. Yo también tuve una piedra como esta".*

-*"¿El príncipe encantado?"*, preguntó Botvid, sintiendo el aire de la aventura rozarle.  
*"Quiero liberarlo"*.

-*"Yo también quise hacerlo"*, dijo el anciano, *"pero no lo logré, como tampoco los demás que lo intentaron"*.

*"¿Por qué no?"*, preguntó el joven sorprendido.

*"Porque tuve **miedo**"*, respondió el caballero. *"Recuerda, muchacho, que los Hombres a menudo fracasan por su miedo"*.

Botvid lo miró aún más sorprendido, pues el caballero no parecía alguien que conociera el miedo.

-*"Lo recordaré"*, dijo.

A la mañana siguiente, en el primer día de Navidad, después de asistir a la misa del alba con el viejo caballero, Botvid continuó su búsqueda del príncipe encantado.

Preguntó por todas partes por los tres cisnes blancos, pero nadie los había visto ni sabía de ellos. Al anochecer, llegó a la gruta de un **ermitaño**. Pidió un lugar para dormir y preguntó si podía calentarse junto al fuego.

Al ermitaño le agradó el joven franco y le preguntó:

-*"¿De dónde vienes y cuál es el propósito de tu viaje?"*

Botvid sacó la gota de sangre petrificada y le contó al ermitaño sobre el cisne sangrante con los ojos tristes y el grito de angustia. El anciano tomó el rubí en sus manos, y de repente unas lágrimas rodaron por sus mejillas ajadas.

-*"Mi piedra brillaba igual que esta"*, dijo. *"Yo también intenté liberar al príncipe encantado, pero no lo logré, como nadie lo ha logrado"*.

-*"¿Por qué no?"*, preguntó Botvid.

-*"Porque **dudé**"*, respondió el ermitaño. *"Recuerda, muchacho, que el hombre puede fracasar por sus dudas"*.

"Lo recordaré", dijo el joven, sin entender del todo lo que el ermitaño quería decir. Y después de pasar la noche con él, Botvid reanudó su búsqueda del príncipe transformado en cisne. Preguntó por los pájaros blancos, pero nadie sabía de ellos. Al atardecer, llegó a un monasterio y pidió refugio a los monjes. Después de compartir con ellos la cena navideña, pescado salado y arroz con leche, el **abad** entró. El carácter gentil del joven le agradó, y le preguntó:

-*"¿De dónde vienes y cuál es el propósito de tu viaje?"*.

El joven respondió, le mostró la gema roja como la sangre y le contó sobre su encuentro con los tres cisnes blancos en Nochebuena.

El viejo abad tomó el rubí y lo sostuvo a la luz.

-*"La misma piedra", dijo, "siempre la misma piedra. Yo también quise romper el hechizo, pero fallé, como todos los demás".*

-*"¿Por qué?", preguntó Botvid.*

-*"Porque no era completamente **desinteresado**", respondió el anciano. "Muchacho, recuerda que los hombres a menudo fracasan por eso".*

Botvid lo miró con ojos grandes, pues el abad no parecía ser de los que piensan primero en sí mismos.

-*"Lo recordaré", dijo a la mañana siguiente, y continuó su búsqueda del cisne sangrante.*

Durante mucho tiempo vagó sin rumbo. A veces estaba tan cansado que apenas podía seguir adelante, y a menudo estuvo a punto de abandonar su misión. Pero cada vez que miraba el rubí rojo sangre, el cansancio y la desesperación desaparecían como por arte de magia. Entonces recordaba los ojos suplicantes del cisne y su grito lastimero, y se imaginaba que nada en el mundo podría impedirle liberar al príncipe encantado.

-*"¿Qué tan hermoso debe ser como humano, si como cisne ya es tan hermoso?", decía.*

Una tarde, en la **noche de San Juan**, Botvid llegó a un bosque de abetos negros, más altos que cualquier abeto que hubiera visto antes. El viento soplaba entre las ramas con un sonido de miedo y melancolía. Más adentro del bosque, brillaban los muros de un castillo blanco, y una voz parecía susurrarle las tres palabras doradas que había escuchado de los tres ancianos:

-*"¡No temas! ¡No dudes! ¡Sé desinteresado!"*

Botvid repitió estas palabras en voz baja y tomó el rubí en sus manos para obtener fuerza de su brillo. De repente, se dio cuenta de que, con el rubí en la mano, podía **entender el lenguaje de los pájaros**. Dos **mirlos** estaban posados en las copas de dos árboles, y uno dijo:

-*"Hoy es el día en que **el príncipe cambia de forma**. Hoy recupera su forma humana por una hora".*

-*"Hoy debería llegar su **salvador**", cantó el otro mirlo. "Hoy es el día en que el hechizo puede romperse".*

-*"Mira, ahí viene su salvador", gorjeó el primer mirlo. "Veo a un muchacho con la frente brillante abriéndose camino entre los arbustos".*

-*"Pero aún es pequeño y joven", respondió el otro. "¿Cómo podría lograr lo que nadie ha conseguido?"*

Entonces Botvid levantó la mano para hacer un juramento, y el rubí brilló entre sus dedos.

-*"¡Lo lograré!", gritó. "¡Siento que estoy destinado a hacerlo!"*

Asustados, los dos mirlos volaron y desaparecieron entre los abetos.

Botvid continuó su camino a través de los arbustos y llegó a un **castillo**. Tres cisnes salvajes estaban sentados en la escalera, y en el momento en que el joven los vio, se despojaron de sus plumas, y allí estaban tres jóvenes ante él. Uno era más delgado y hermoso que los demás, y cuando Botvid se acercó, reconoció en sus ojos la mirada del cisne sangrante.

-*"¡El príncipe! ¡El príncipe!"*, pensó Botvid, y cayó de rodillas, pues sintió que estaba ante el *Más Alto*, a quien deseaba servir con todo su corazón.

El príncipe se acercó y le tendió ambas manos.

-*"¡Bienvenido!"*, dijo. *"Veo en tu mirada que has venido a rescatarme. Muchos lo han intentado, nadie lo ha logrado. Eso es todo lo que puedo decirte"*.

Botvid nunca había escuchado una voz tan dulce y dolorosa, y estaba dispuesto a todo para romper el hechizo.

-*"Estoy dispuesto a dar mi sangre por ello"*, dijo con los ojos brillantes.

Sus fuerzas crecieron, y esperó con el corazón palpitante a que apareciera la bestia que debía ser derrotada. Pero no llegó ningún monstruo, ningún dragón. En cambio, lo envolvió una extraña penumbra. El príncipe y sus sirvientes desaparecieron, el castillo blanco pareció ser tragado por la tierra, y la penumbra dio paso a la oscuridad.

Botvid se quedó solo en la noche silenciosa, donde ningún rayo de luz atravesaba la oscuridad. No sabía cuánto tiempo había permanecido así cuando escuchó pasos detrás de él. Algo o alguien se acercaba sin hacer ruido. Estaba a su lado, luego frente a él. Movié la espada frenéticamente, pero no golpeó a nadie. Botvid sintió que el mal intangible lo rodeaba. Se acercaba, y él golpeó, pero no alcanzó nada, porque no había nada que golpear. La tierra tembló, el aire vibró. Sintió cómo aquello inasible se arrastraba bajo su armadura, haciéndolo estremecer de frío y paralizando sus manos. El sudor del **miedo** brotó de todos sus poros. Tembló como una hoja. La espada se deslizó de sus manos sin fuerza, y con un grito de terror cayó de rodillas, vencido por el miedo.

La oscuridad de la noche dio paso al amanecer, y luego llegó el día. Botvid vio al príncipe desplomado en la escalera, como si no pudiera sostenerse en pie, y comprendió que el *Más Alto* era ahora también el *más débil*, aquél a quien siempre había querido ayudar. El miedo lo abandonó. Quiso arrodillarse y pedir perdón, pero en ese mismo instante, el príncipe y sus sirvientes se transformaron de nuevo en cisnes blancos, que se elevaron con gritos de dolor y desaparecieron.

-*"¡Ay, ay!"*, cantaron los mirlos, *"¡la hora ha pasado!"*.

Pero Botvid levantó el rubí y vio el sol brillar en su roja profundidad.

-*"La hora volverá"*, dijo, y luego partió al mundo para aprender a vencer el miedo.

Pasó un año antes de que regresara al castillo. Los mirlos cantaron de nuevo sobre la liberación del hechizo, y el príncipe y sus dos sirvientes se despojaron de sus plumas.

-*"¡Bienvenido!",* dijo el príncipe. *"Antes, dos han regresado para intentar liberarme por segunda vez. Eso es todo lo que puedo decirte".*

La voz llena de dolor del príncipe penetró aún más en el alma del joven que el año anterior.

-*"Nada es demasiado",* dijo Botvid, y sus ojos brillaron más que nunca; pero la sonrisa del príncipe era aún más triste. Los sirvientes lo vistieron con una armadura y un yelmo, y le dieron un escudo y una espada. El crepúsculo desplazó al día, llegó la noche, y todos los poderes malignos del **miedo** se abalanzaron sobre Botvid. Hicieron temblar la tierra y el aire, y le apretaron la garganta con manos deformes, y fue el doble de terrible que la primera vez. Botvid ni siquiera intentó usar su espada. Permaneció quieto, y a través de la oscuridad y su miedo, vio la mirada triste del príncipe, cuya tristeza deseaba convertir en alegría.

Poco a poco, los espíritus del miedo retrocedieron, y llegó el día. Botvid se regocijó interiormente, pues creyó que el príncipe estaba libre. Pero cuando los sirvientes le quitaron la armadura y él se acercó para arrodillarse ante el príncipe, notó un cambio en su rostro. La nobleza y la humilde melancolía habían desaparecido. Los ojos del príncipe se habían vuelto duros y fríos. Su boca se torció en una sonrisa burlona, y palabras malvadas brotaron de sus labios. Botvid se quedó perplejo. *¿No había anhelado el príncipe su liberación? ¿No había superado él la prueba?*

Pero ante los ojos del joven, el rostro del príncipe cambió aún más. Ahora se parecía a una criatura repulsiva, y Botvid sintió que se paralizaba por el dolor.

-*"¡No, no!",* gritó, abrumado por la **duda**, y enterró su rostro en las manos. *"¡No eres quien creía! ¿Por qué intenté liberarte?".* Y volvió a mirar el rostro deformado, temblando de asco.

Pero gradualmente, el príncipe recuperó sus rasgos normales, y Botvid comprendió que había fallado por segunda vez. Antes de que pudiera pedir perdón, tres cisnes blancos se elevaron y desaparecieron entre los árboles con gritos de dolor.

Sin embargo, Botvid miró el rubí brillante con los ojos llenos de lágrimas y juró que la próxima vez saldría victorioso.

Un año después, regresó, y todo fue como los dos años anteriores. El príncipe le tendió las manos y le dio la bienvenida.

-*"Antes que tú, uno vino por tercera vez a liberarme",* dijo. *"Pero no tuvo éxito. No puedo decir más".*

Botvid, creyendo que nada peor podía pasarle que lo que ya había vivido, dijo con seguridad:

-*"No hay nada que no pueda ser vencido".*

De nuevo le colocaron una armadura, y de nuevo los poderes del miedo lo atacaron en la oscuridad, esta vez con triple fuerza, pero los venció. Luego, el príncipe se convirtió en la

repulsiva criatura, pero esta vez aún más deforme. Sin embargo, a través del rostro distorsionado, Botvid vio como a través de un velo el verdadero carácter del príncipe, y tras el espantoso graznido, escuchó su verdadera voz. No permitió ni un momento de duda, y entonces el príncipe recuperó su forma real.

El corazón de Botvid casi estalló de alegría.

*"Ahora el hechizo está roto", pensó, "el príncipe es libre, y yo puedo quedarme con él para siempre, como su amigo y sirviente".*

Pero antes de que pudiera arrodillarse y jurarle lealtad eterna, el príncipe se acercó.

*"Ahora morirás", dijo, y le entregó una espada. Con los ojos desorbitados por el miedo, Botvid retrocedió tambaleándose.*

*"¿Morir?", balbuceó. "¿Ahora? ¿Justo cuando mi vida comienza? ¡No! ¡No!"*

*"Prometiste dar tu sangre", continuó el príncipe, acercándose. "¿No lo recuerdas?"*

*"No me quites la vida", suplicó Botvid. "Soy muy joven. ¡Y mi vida es mi único tesoro!"*

Una vida entera le esperaba: amor, hazañas, honor.

*"¡No la vida! ¡No la vida!". Y con voz fuerte, vencido por su **egoísmo**, gritó:*

*"¡Eso se dice, pero no se hace!"*

Entonces la espada se cayó de las manos del príncipe, y con sus sirvientes, ahora convertidos en cisnes, voló como un cisne blanco sobre los abetos. De su pecho cayeron gotas de rubí, y su grito fue tan lleno de dolor que Botvid se arrojó al suelo y lloró.

*"¡Ay! ¡Ay!", gritaron los mirlos. "Tres veces ha fallado. Nunca volverá".*

Pero Botvid se levantó, y con el rubí firmemente en la mano, partió al mundo con la resolución de vencer su egoísmo.

Pasaron muchos años antes de que se sintiera lo suficientemente maduro para regresar al bosque de abetos. Aun así, los mirlos lo reconocieron.

*"¡Mira! ¡Mira!", cantaron. "¡El salvador viene! ¡El vencedor del miedo, el conquistador de la duda, ha vuelto para vencerse a sí mismo!"*

Pero Botvid bajó humildemente la cabeza y no hizo más promesas grandiosas. Cuando el príncipe se acercó, Botvid se arrodilló y besó sus manos.

*"Pruébame una vez más, señor", dijo.*

Pero esta vez, el príncipe lo ayudó a levantarse y lo miró.

*"Nadie, nadie ha venido por cuarta vez. ¿Por qué has venido?"*

*"Señor", respondió Botvid, "¿cómo podría olvidarte alguna vez? ¿Qué vale mi vida si no puedo servirte?"*

Esta vez superó la primera prueba, y también la segunda, y ni el **miedo** ni la **duda** pudieron sacudir su valor y **determinación**.

Finalmente, el príncipe desenvainó la espada y se la entregó.

-*"Ahora debes morir"*, dijo, y Botvid tomó el arma.

-*"¡Ahora puedo morir!"*.

Miró al que quería liberar, a los dos sirvientes que también serían liberados, y a los trajes de cisne blanco que ya no serían prisiones.

Luego levantó la espada, se la clavó en el pecho y cayó al suelo. Un torrente de sangre roja como el rubí se extendió por la hierba. El príncipe se inclinó sobre él, le quitó la espada y puso sus manos sobre la herida. La herida se cerró, Botvid se levantó, y era un joven de frente lisa y mirada despierta.

El príncipe le tendió ambas manos.

-*"Te lo agradezco, salvador"*, dijo.

Y los mirlos cantaron sobre la lealtad que no conoce obstáculos, y sobre el amor que todo lo vence.

Aportación de IdeasWaldorf